

# El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

La protesta de hoy

## Contra la subida del precio del pan

El pan en Cartagena a 90 céntimos. La manifestación. Cierre de tahonas. Un plazo de 24 horas. En el Ayuntamiento. Incidentes.

### Lo intolerable

El precio del pan, ha alcanzado un precio enorme. El pueblo se ha emocionado con razón.

Esto lo deseamos hace unos días y nadie nos hizo caso.

Los tahoneros, siguen abusando escandalosamente de los cartageneros.

Hay han visto en peligro sus establecimientos.

El Alcalde, sin esartarse y sin mandar representantes puede solucionar esto obligando a los tahoneros a dar el pan barato.

De otro modo, dejándoles hacer lo que les viene en ganar nos exponemos a lo de hoy.

Lo ocurrido es lamentablemente y es principio quizás de cosas mayores pues la provocación ya que no es otra cosa la que han hecho los dueños de panaderos, es escandalosa y poco correcta.

Queda tiempo señor alcalde. V. S. dice que le han desobedecido en su orden, pues para cuando queda entonces su autoridad como alcalde? Da pues un ejemplo y verá como las demás obedecen?

Joaquín Mateo.

### La manifestación

Como consecuencia de la inesperada subida que los tahoneros han hecho hoy de el precio del pan, pues el que antes valía 80 hoy lo han hecho pagar a 90 y a peseta, comenzaron desde las primeras horas de la mañana a formarse grupos de mujeres en las puertas de las expendedorías.

Los grupos comentaban el caso con exaltación y bien pronto surgió la idea de celebrar una manifestación e ir al Ayuntamiento para pedir castigo contra los panaderos patronos.

Algunas mujeres exaltadas aconsejaban el asalto a las tahonas, pero los dueños antes el temor corrieron inmediatamente y abandonaron algunos las tahonas.

### Por las calles

Pocas fueron las calles que recorrieron la manifestación, los bastantes para que esta se formase en gran número no ya de mujeres sino de obreros que protestaban indignados.

Al grito de que bajen el pan, llegó la manifestación al Ayuntamiento, donde el alcalde le recibió diciéndoles que el no había autorizado tal subida y que era completamente ilegal.

Prometió citar a los tahones y aconseguir la fórmula de arreglo.

### ¡A las tahonas!

Con este grito salió nuevamente la manifestación a la calle, esta vez ya peligrosa, pues el número de los que la componían era enorme y por la exaltación presagíabase que había de ocurrir algo grave.

Los manifestantes corrieron por la calle del Océano hasta la de Cuatro Santos donde se intentó asaltar la última tahona que había abierta, pero al dueño cerró y solo le golpearon las puertas y cristales.

Los manifestantes vieron al concejal socialista señor Zafra, al que obligaron a ir al frente de la manifestación.

### Otra vez al Ayuntamiento

Con el refuerzo salió a la cabeza los manifestantes fueron nuevamente al

## El mejor banco

Tres, cuatro, cinco pesos de empuñada escalera para llegar a aquella boharilla miserable... Y el méjico habla deho a Doña Elena que no subiese más que a pesos principales. ¡Ay! pero Rosa, su protegida se hallaba enferma, y sabía que solo una buena alimentación podía salvar aquella vida, tan necesitada a sus cinco hijos, huérfanos ya de padre y que Rosa no contaba más que con las buenas almas y las buenas almas se hallan tan escasas en estos tiempos de lujo y de necesidades superfluas que sin el auxilio de Doña Elena, la pobre mujer hubiese muerto de hambre.

Claro es que Doña Elena podía haber enviado el sueldo con una sirvienta, pero ella gustaba de acudir la mortificación de desprenderse y dar ella limosnas de su consuelo a todos los que daba el consuelo de su humana. Así más se encontraba tan bien al lado de Rosa, era esta tan buena, había tanta semejanza entre la vida de aquellas dos mujeres, y entre sus dolores. Las dos eran viudas, las dos eran madres.

Un día el deber llamó al marido de Doña Elena, que era general, al campo de batalla donde murió con la muerte de los grandes y otros día el deber llamó al marido de Rosa, que era albañil, a un trabajo desde el cual, encontrando la muerte de los humildes, pero en el fondo igual, siempre el sacrificio, la abnegación, no más grande ni más pequeña, cuando se da la vida por defender el honor de la patria, que es madre, que cuando se da, por defender el pan de los hijos.

Aquel dolor brusco, grande hirió el corazón de Doña Elena de modo irreparable y aquel dolor violento, inesperado, hirió temporalmente la robusta naturaleza de Rosa.

Doña Elena decía muchas veces, más vale que las enfermedades hayan venido a mí. Ella tiene cinco hijos sin más amparo que el suyo yo tengo uno el que dejó rico, Santa resignación la de las almas que al mirar a Dios como Padre, ve en cada semejante un hermano.

Aquel día Doña Elena llegó más fatigada, pero más alegre que nunca.

—Mira usted, Rosa, dijo en cuanto descanzó, yo estoy muy mala, cada vez peor, pero ¡no mujer, no lleve usted por eso, al me muestro, para eso he nacido para morir y no se podía dfoha el se muere en Grecia. Pues bien, yo no quiero que usted se quede sin consuelo, cuando yo falte y como dejar estos encargos a los testamentarios no sería más que dejar cansancio para ellos y regularmente dolores y humillaciones para usted he resuelto asegurar su modo de vivir y aprovechando que una mujer a quien conozco quiere traspasar un pedazo de pan que mi madre estableció y así el que ha ganado para vivir y para hacer ahorros, he pensado pagarle el traspaso y darle el pan a usted.

—Rosa no podía hablar, la emoción la ahogaba.

—Pero señora, dijo, eso es mucho, esos es demasiado.

—Es un bien para las dos, replicó Doña Elena, usted vivirá con más independencia, con más seguridad y ya me evitaré subir la escalera.

—¿Pero yo como le pago a usted esto? ¿Que puedo hacer?

—Velar por mi hijo cuando yo muera.

—Yo velar ¿Pero como? Una pobre mujer que nada tengo, ni nada sé.

—¿No sabe usted rezar?

—Ah, eso sí señora.

—Pues bien, pues usted, eso es lo que nadie ha a por sí. Le deja encomendada a muchos, a mis confesor que es un santo, a mis amigos que son en su mayoría muy ilustrados, pero mi confesor morirá pronto, por que es muy anciano, mis parientes no harán nada por que son muy egoístas, mis amigos le vivirán por que tienen muchos negocios y quien sabe si llegará un día en

## EL SEÑOR D. Joaquin Ruiz Stengre

Hermano del Santo Hospital de Caridad y Vicepresidente de la Cámara de Comercio. Falleció en el Señor a día 10 de Enero de 1920 confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica R. I. P.

La vela y alumbrado con velas de 8 a 12 que tendrán lugar mañana 11 de los corrientes en las Iglesias del Santo Hospital de Caridad así como también los ejercicios de la tarde serán aplicados en sufragio del alma de dicho señor. Su viuda, hijos y demás familia ruegan a sus amigos y demás personas piadosas una oración por el alma del foido y la asistencia a estos cultos. Cartagena 10 Mayo 1920

Varios señores Preados tienen concedidas indulgencias en la forma acostumbrada.

## V ANIVERSARIO del fallecimiento de la señorita María de los Desamparados Salmerón Meca

que descanzó en el Señor el día 11 de Mayo de 1915 D. E. P.

La Hora Santa que se celebre el día 11 de Mayo de 1920 de once a doce de la mañana, en la Iglesia del Asilo de la Purísima Concepción, será en sufragio de la finada.

Sus padrinos don Juan Antonio Carrión y doña Carmen Salmerón; hermanos doña María y doña Caridad; hermanos políticos, tíos y demás familia, ruegan a sus amigos que digan una oración y se dignen asistir a dicho acto, favor que agradecerán eternamente.

Los Excmos. s. Esmos. Frs. Nuncio Apostólico, Arzobispo de Tarragona y Obispos de Madrid Alcalá, León, Pamplona, Cádiz y Cartagena, se han dignado conceder indulgencias en la forma acostumbrada.

que nadie culde de él, ni aun el mismo y su único amparo sea su oración de V.

— Esa señora, no le faltará nunca. Y diciendo esto doña Elena y Rosa se despidieron y no volvieron a verse más.

Pasaron diez años, era un atardecer del mes de Enero y Rosa se disponía a cerrar hasta el día siguiente el puesto de pan que doña Elena la estableció. En el había ganado para sostener decorosamente a sus cinco hijos, para casar a la mayor, para dar oficio a los tres medianos y entonces costaba una carrera corta al más pequeño y aún guardaba algunos ahorros. La felicidad modesta, una felicidad relativa, llena de economía y de trabajo, una felicidad acertada por el recuerdo del esposo amado que desde una vida más alta parecía animarla a luchar por el porvenir de sus hijos y daría gracias por los sacrificios que se imponían para orarlos felices y más aún por la educación con que los criaba virtuosos, más para Dios que para ella.

— Pero volvamos a nuestro relato, Rosa salió apresuradamente a su casa, encargó a su hijo que reparase la casa, sacó del fondo del baúl un sobre donde guardaba los ahorros de su vida durante diez años, metió en un portamonedas el portamonedas en el pecho, hechó sobre sus hombros un mantón y volvió a bajar a la calle con la misma ligereza con que había subido.

Ya en el portal se detuvo un instante. Que iba a hacer? Iba a salvar al hijo de doña Elena. ¿Como? No lo sabía y pedía a Dios que le inspirase.

Desde que murió su marido había procurado Rosa saber siempre cuanto con el hijo de aquella se relacionara. Había visto su vida disipada, sus días de holganza, sus noches de fiesta, y como especuladora de todo ello sus ilusiones perdidas, su vir-

tud muerta. Aquel día el ama de gobierno la habla dicho: el señorito está astruñado, ha dado una bronca, puede costar ir a la cárcel, no le queda más que pegarse un tiro.

— Rosa se había horrorizado. Pegar un tiro, perder la vida siendo tan joven, condenarse siendo cristiano.

Sumida en estas reflexiones llegó Rosa a la casa donde se dirigía al tiempo que de ella salía un hombre, con el que que se cruzó en el portal. Era Alvaro, el hijo de doña Elena y se asustó de verle su tez estaba pálida, sus ojos hundidos, la mirada despedía fuego, las palabras del ama de gobierno volvieron a sonar fallidamente en los oídos de la buena mujer.

— No le queda más que pegarse un tiro.

Efectivamente, los hombres que se pegan un tiro deben estar así.

Rosa no se atrevió a hablarle y siguió sus pasos. Iba como un loco, su marcha era incoherente, una vez se alejaba de su casa, otras se detenía a mirar, ya andaba de prisa, iba a ser difícil a Rosa seguirle, pero había tan despacio, que le obligaron a pararse para no tropiezar con él. Al cruzaron calles... muchas calles, pero fin al dar la vuelta a una esquina, se encontraron en el viaducto. Rosa valiente, con ese valor que queda en la vejez con la adversidad pero tuvo miedo. La noche una noche fría y oscura había mirado hacia mucho rato y por aquellas lugares a otras horas tan compartidos no transitaba nadie y comprendió que sus escasas fuerzas gastadas por el cansancio de tan larga marcha y agobiadas por la emoción serían inútiles para luchar con aquel hombre fuerte con la fuerza de la juventud y la de la locura, sin embargo el valor avanzó hacia la barandilla, avanzó a sujetarle. El con vigoroso empuje le apartó a un lado diciendo:

Françoisa García Estrada